

Electorado y ciudadanía en los 90, y en el 2000

¿POLARIZACIONES...? ¡LAS DE MI TIEMPO!

Guillermo Rochabrún *

Más allá de las incógnitas sobre las cifras oficiales y no oficiales de la última peripecia electoral, así como del rosario de «irregularidades» que la plagaron, lo evidente es la presencia de dos sensibilidades o temperamentos, que ha cortado al electorado en partes muy similares. ¿Pero es que ha dividido de la misma manera a la ciudadanía?

Creo que en lugar de la así llamada polarización hay algo muy diferente, y trataré de mostrar algunas evidencias en este sentido. Empecemos por los dos temperamentos. Por una parte está el voto por Fujimori, donde reina un talante que se ha inclinado por la continuidad y la estabilidad, la seguridad de lo ya conocido, y donde se cifran expectativas, ya sea en lo que el tercer período pudiera hacer, y/o en lo que él garantiza a ojos del elector. Se trata mayormente de un temperamento práctico que se orienta por lo que es factible obtener de manera tangible. A diferencia de 1990, e incluso de 1995, esta vez ha tenido lugar a través de un voto muy estable. Ello se manifiesta en que el voto por Toledo creció a costa de los demás candidatos de oposición, y no de Fujimori mismo.

Del otro lado está un temperamento de protesta, que busca un cambio de rumbo, incluso una ruptura, expresado en lo inmediato mediante un profundo sentimiento de indignación que salta a la vista. Su agenda es el orden institucional atropellado; no necesariamente desconoce «los logros del primer gobierno», pero antes bien los considera como parte de un pasado que ya no es tan significativo. Quizá vive la estabilidad como estancamiento -o incluso empobrecimiento- y percibe en el «orden» político los signos de una dictadura **sui generis**.

Tras un proceso que merece ser minuciosamente estudiado, gran parte de los ciudadanos habían quedado saturados por la larga y sistemática demolición de las instituciones que hizo el gobierno, y ese fue el eje que definió su voto. Así, lo sorprendente de la

* Este artículo ha sido escrito para la revista *Quehacer*. Se ruega no reproducir.

segunda vuelta no son los votos que Toledo habría perdido por centrar su campaña en «la falta de condiciones», sino los votos que pese a ello mantuvo, y la masiva votación nula: un voto de protesta, en lugar de un voto afirmativo, un voto principista donde inclusive el reclamo por dignidad se ha dejado sentir, en lugar de un voto dentro del marco formal de elegir a un mandatario.

Rompiendo con la tradición de favorecer a alguien «de centro» que ofreciese un programa positivo, esta vez dicho electorado buscó a un opositor. La actuación de Toledo parece cabalgar sobre este temperamento, pues optó por sacrificar su imagen como candidato a presidente de la República para fungir de caballero andante defensor de una noble causa. Este viraje se adecuaba al estado de ánimo de quienes estaban dispuestos a salir a las calles, y también a los resultados de las encuestas. Ellas, además de dar como ganador a Fujimori en la intención de voto, también mostraban que en el perfil de candidatos («¿Qué candidato cree Ud. que es mejor para...?») Toledo quedaba en desventaja. En estas circunstancias, apoyarlo o votar por nadie en lugar de elegir a un mandatario, habla a las claras de la intensidad de un temperamento anti-dictadura, que linda con lo insurreccional.

En la escena pública esta sensibilidad está ahora a la ofensiva, y predomina claramente sobre el temperamento conservador. Ya desde antes de la primera vuelta y aún hasta este momento, el voto por Fujimori era «vergonzante», lo cual muestra que una gran parte del electorado fujimorista es sensible al discurso ético de la oposición. En otras palabras, también ellos preferirían elecciones transparentes, pues ¿qué apoyo ciudadano podría tener un nuevo 5 de Abril?¹

De todos modos, es indudable que son dos temperamentos diferentes y, por lo mismo, es preciso preguntarse a qué se debe tanto el uno como el otro, y si están formando un sistema de algún tipo.

¹ ¿En tal sentido, qué fue el apoyo tan amplio a dicha "ruptura del orden constitucional"? En un excelente artículo Sandro Macassi ha sabido percibir una inquietud ética en dicho respaldo. Hoy en cambio, la eticidad está en la dirección opuesta. Véase «Cultura Política de la Eficacia. ¿Qué Hay Tras la Discusión Entre Dictadura y Orden Constitucional?», En Alfaro, Rosa María (et al.): *Comunicación y Cultura Política: Entre Públicos y Ciudadanos*. Calandria, Lima 1994.

Aún con predominio de uno u otro candidato en regiones, zonas y capas sociales, estas dos sensibilidades deben estar sumamente repartidas en todas ellas para poder haberse dado un virtual empate. Pero pasando de las cantidades a los contenidos, no se trata de dos opciones (por ejemplo, por uno u otro candidato) que se enfrentarían en el mismo espacio (qué ofrece cada cual, qué identificación suscitan), sino de dos **sensibilidades**. En tal sentido se trata de un **quiebre** Fujimori/No Fujimori, o «continuidad de régimen/cambio de régimen», y no una polarización entre Fujimori **versus** «Fulano de Tal». Es decir, para el temperamento de protesta casi todos los candidatos de oposición independientes eran intercambiables, de modo que el protagonismo de Toledo es, al menos por ahora, bastante circunstancial. Quizá por primera vez en el Perú contemporáneo ocurre la coexistencia de **dos discursos**, de dos lenguajes que son prácticamente inconmensurables. Compárese sino esta división con la de «derecha-izquierda» de los años 70 y 80. O con «aprismo-antiaprismo», que atravesó tan intensa y globalmente varias generaciones: en esos casos, desde polos opuestos los contendientes hablaban en el mismo campo de significados. De otro lado, esas **sí** fueron polarizaciones.

¿Cómo entender, entonces, el carácter de la división actual? Arriesgo la siguiente interpretación. Ante todo concordemos en que los procesos electorales rompen con el ritmo habitual de la vida política y de la opinión pública. Una cosa es opinar sobre un gobierno en curso, un acontecimiento, una decisión. En ello intervienen los sentimientos movilizados al momento sobre aquello que es juzgado. Y otra muy diferente es tomar una opción propia: intervenir en una decisión colectiva: votar. Aquí entra en acción un complejo balance donde juegan muchos temas, y donde se opta entre el conjunto de los candidatos, lo cual se hace según lo que para cada elector está en juego. Tales elementos están ausentes cuando respondemos a una encuesta sobre acontecimientos y decisiones ajenas.

Pues bien: reiteradamente las encuestas de opinión han mostrado una marcada predilección de la ciudadanía por la institucionalidad y la democracia. En tal sentido, aún sin necesariamente darle su respaldo, la opinión pública ha coincidido con la oposición mucho más que con el gobierno. Fue así que la aprobación a Fujimori cayó dramáticamente mientras se montaba el aparato para la reelección. Las decisiones del gobierno en temas como el Tribunal Constitucional, Baruch Ivcher, el bloqueo al Referendum para la reelección, y anteriormente la Ley de Amnistía, fueron alta y a

veces abrumadoramente rechazadas. Las instituciones públicas que han recibido menor confianza son aquéllas en las que el gobierno tiene mayor injerencia, y viceversa. En suma, cuando ello estuvo en el centro de la escena política los ciudadanos desaprobaban el comportamiento arbitrario en porcentajes muy superiores a la aprobación a Fujimori, aún si este patrón es menor -a veces mucho menor- en los estratos «C» y «D» de las encuestas. Acontecimientos como las marchas estudiantiles recibieron una aprobación masiva y homogénea entre todos los sectores.²

Pero si existe esa sensibilidad, ¿por qué luego se vota por Fujimori? Para decirlo en una frase: la democracia y el **fair play** no son ni tienen de dónde ser en un país como el Perú el criterio por excelencia a la hora de votar. Y no obstante es extraordinario que al parecer sí lo haya sido para más del 40% de los electores, quienes esta vez votaron como ciudadanos.

Si consideramos las encuestas de opinión a lo largo de períodos presidenciales enteros, es claro que muchos de los actuales votos por Fujimori corresponden a electores que también han manifestado claros sentimientos democráticos. Esa es una de las razones por las que, según lo que vengo argumentando, la división del voto entre los dos temperamentos no corre a lo largo de la polaridad «democracia-dictadura». Y es que, si bien el temperamento de protesta se alinea con el primer término, en modo alguno puede afirmarse que quienes han votado por Fujimori y participan del otro temperamento, estén a favor de lo dictatorial.

Pero antes de proseguir hagamos un breve interludio teórico. ¿Por qué hablo de «temperamentos» y términos afines, en lugar de «cultura política»? La razón es que mientras la noción de «cultura» nos sitúa ante instancias muy permanentes en el tiempo, términos como «temperamento» o «sensibilidad» nos permiten estar alertas a cambios que se manifiestan en lapsos a veces muy cortos y cuya estabilidad aún es incierta. De este modo, al interior de una

² Según datos de APOYO S.A. la calificación del gobierno de Fujimori como dictatorial era de 34% en Mayo de 1992, mientras en Junio de 1997 era 59%. Exactamente dos años después, con una pregunta distinta que permitía matices un 14% lo consideraba democrático, mientras que 82% veía en él desde rasgos autoritarios hasta una dictadura.

misma «cultura política» caben sensibilidades muy diversas. Por ejemplo, Carlos Franco sostiene la persistencia de EL populismo en el Perú -donde la figura del líder es decisiva-, por encima de lo circunstancial de los movimientos y partidos de ese corte. Ello incluiría a Fujimori. En cambio, Macassi encuentra que con este último va caducando el líder que «enamora» a las masas, siendo su lugar llenado por una relación más fría de intercambio de obras por apoyo.

¿Sería esto un cambio en la cultura política? Difícil saberlo a estas alturas. Por ello prefiero ir sopesando gradualmente la consistencia, y sobre todo la centralidad, que pueden alcanzar estas variaciones. Con mucha rapidez hoy experimentamos en este país transformaciones y diferenciaciones, sin que impliquen necesariamente un cambio en algo que pueda ser denominado «cultura política».

¿Existe en el Perú una «cultura política autoritaria»? Cuando menos habría que distinguir entre a) una cultura autoritaria «activa», como la que reclama «mano dura», y que puede ir de Velasco a Pinochet y Hitler. Se trata aquí de un talante agresivo que juega en el campo «amigo-enemigo». Ello debe distinguirse de b) una actitud más bien pasiva y condescendiente ante gobiernos fuertes y paternalistas, alentada por la precariedad de recursos de los ciudadanos y sujeta a una estrategia pragmática de los mismos. Es obvio que en el Perú se da lo segundo, no lo primero. De otra manera no podría explicarse cómo la mitad del electorado votaría en contra de alguien **por ser** autoritario-, ni daría cuenta del carácter básicamente **pragmático** de la votación fujimorista de la otra mitad.

Sostengo, en suma, que estamos en una situación en la cual un temperamento ético ha pasado a un primer plano en el ánimo de la ciudadanía. Dicho temperamento subyace incluso en el elector pragmático, razón por la cual éste tiende a esconderse de la escena pública. Piénsese en el «voto vergonzante» (que existió y aún existe, al margen de si ello explica el misterio de las encuestas «a boca de urna»), y en la total ausencia de clima festivo, no solamente entre los activistas del fujimorismo, tras el anuncio de los resultados oficiales de la segunda vuelta, sino también entre sus electores.

¿Qué tenemos por delante? En la esfera de los sentimientos públicos el fujimorismo ha sido derrotado por los mismos sentimientos que lo apoyaron en Abril de 1992. Mientras que

entonces el **Fujigolpe** fue sentido como un golpe a la mentira, hoy su continuidad es vista como todo lo contrario. La «polarización» es, por tanto, una apariencia. Superada la campaña electoral, es de suponer que el talante a favor de las instituciones y la democracia recobrarán con creces su amplio predominio ciudadano, en el tenso período que empezamos a atravesar.